

Adela Cortina

Autora de *Aporofobia, el rechazo al pobre*

Ética cosmopolita

Una apuesta por la cordura
en tiempos de pandemia



En estos días de preocupación más que justificada por una pandemia letal se oyen a menudo dos preguntas: ¿saldremos de esta? y ¿qué habremos aprendido para el futuro? Y sí, saldremos de esta, aunque muchos quedarán –o quedaremos– por el camino, porque todas las epidemias se han superado mal que bien. Pero lo que sucederá en el futuro dependerá en muy buena medida de cómo ejerzamos nuestra libertad, si desde un «nosotros» incluyente, o desde una fragmentación de individuos en la que los ideólogos juegan para hacerse con el poder. Es en este punto donde demostraremos que hemos aprendido algo.

Por primera vez en la historia el género humano se ve confrontado con retos universales y tiene que responder desde distintas instancias, una de ellas, la ética, porque es la que se ocupa de los fines. No basta entonces, aunque son necesarias, las normas y costumbres morales de los niveles micro de las sociedades, es necesaria, por primera vez en la historia una ética para el macronivel, que se haga cargo de los fines comunes de la humanidad: una ética cosmopolita.

Introducción

LOS DESAFÍOS DEL CORONAVIRUS

La pandemia del coronavirus ha lanzado un reto mundial y local que afecta en principio a la salud de las personas concretas y está llevándose consigo una gran cantidad de vidas. Cómo no recordar a Max von Sydow, el actor sueco que representó en *El séptimo sello* la figura del caballero que juega una partida al ajedrez con la muerte, perdida de antemano, en ese tétrico marco medieval de procesiones de flagelantes aterrados ante la peste. O la magistral descripción de la epidemia de 1630 en Milán que ofrece Manzoni en *Los novios*. O el brillante relato de García Márquez *El amor en los tiempos del cólera*. Terribles epidemias que se extinguieron con gran sufrimiento, como también pasará la de este virus que surgió en China, se cebó después en Europa, ha pasado el Atlántico y llegado a África.

Las pandemias, como la de la COVID-19, tienen consecuencias sanitarias, sociales, económicas y medioambientales, a las que los países deben hacer frente con medidas institucionales, tanto en el nivel local como en el global. Pero conviene recordar que esas medidas se toman siempre desde un *êthos*, desde el *carácter* que han ido forjándose esos países día tras día antes de la crisis y a lo largo

de ella, porque el presente y el futuro no se improvisan, sino que se gestan en las decisiones de la vida cotidiana, personales y compartidas, que van conformando ese *êthos*. Un carácter que impregna las instituciones políticas, jurídicas, económicas y sociales, conformando ese humus al que Hegel daba el nombre de *eticidad*. El tiempo es una magnitud continua, y más aún el tiempo humano, porque lo que se hace en el presente va condicionando el rumbo del futuro. De esto quiere tratar este libro, de algunos de los retos que han salido a la luz con toda claridad a lo largo de la crisis y de algunas propuestas que conviene cultivar para hacerles frente.

Atendiendo al consejo de Maquiavelo, que ya había anticipado Aristóteles, no se trata de soñar utopías, repúblicas imaginarias que nunca han existido y nunca existirán. De ahí que lo más prudente sea ir espigando cuáles son las mejores tendencias que han ido emergiendo para hacer frente a los problemas planteados por las crisis, y cuáles, por el contrario, han mostrado ser causas de las crisis o al menos obstáculos para superarlas. Potenciar las primeras y hacer lo posible por desactivar las segundas es la única forma de construir un mundo a la altura de lo que merecen la dignidad de las personas y el valor de la naturaleza.

Es verdad que en cualquier proyecto de futuro es preciso evitar la tentación de creer que todo está en nuestras manos, porque no basta con ejercer la *virtú*, sino que es necesario contar también con ese imponderable que es la fortuna. Tal vez no para cogerla por los cabellos, como pretendía Maquiavelo, pero sí para prevenirse frente a ella, o, lo que es mejor, convertirla en aliada.

En mis años de infancia se decía que el responsable de todo lo malo era el demonio; más tarde, al entrar en la universidad, era «el sistema», y desde los años noventa del siglo XX todas las desgracias se achacan a la globalización, a menudo entreverada con el sistema. Y yo me pregunto

si es verdad que todo depende de un perverso sujeto elíptico –demonio, sistema, globalización– o lo cierto es que el futuro está también en manos de muchos sujetos con nombres y apellidos, personales o institucionales, cuyas actuaciones deberían ser muy otras. ¿Cuáles serían entonces las tendencias que conviene potenciar y cuáles las que importa desactivar? En un elenco que no puede ser exhaustivo, espigaríamos las siguientes.

Fragilidad e interdependencia

En principio, el coronavirus ha puesto de nuevo sobre el tapete la *fragilidad* y la *vulnerabilidad* de las personas y de los países, la constatación de que no somos autosuficientes, sino interdependientes, en el nivel local y en el global. Por eso, los países deberían celebrar el «Día de la Interdependencia», por decirlo con Benjamin Barber, porque al reconocerla demuestran su madurez^[1].

De donde se sigue que, en la lucha por la supervivencia, y sobre todo por vivir bien, que es a lo que aspiramos los seres humanos, no prosperen los más fuertes, los supremacistas, los que intentan maximizar el beneficio a toda costa, sino los que apuestan por el apoyo mutuo. Nacionalismos, independentismos y populismos son letales. Como sabemos, Darwin retrasó la publicación de *El origen del hombre* precisamente por la dificultad de resolver el enigma del altruismo biológico, y ulteriores estudios muestran cómo los seres humanos somos *reciprocadores* y cooperativos, y cómo en la elección entre la cooperación y el conflicto, la primera es mucho más inteligente que el segundo. Tenían razón los viejos anarquistas al ver en el apoyo mutuo el mecanismo de la supervivencia^[2].

Por eso, en el mundo humano, proclamar como hoja de ruta el nacionalista «*America first*» como hizo Trump es

descabellado, como lo es echar el cerrojo a la muralla china, al estilo de Xi Jinping desde un nacionalismo empleado a fondo en liderar el mundo económicamente sin entrar a formar parte de la civilización política universal. Aunque China sea líder en el mundo de las plataformas y uno de los protagonistas innegables en los intercambios económicos, su aislamiento desde el punto de vista de la civilización ético-política le dificulta convencer. «Venceréis, pero no convenceréis» es el famoso *dictum* atribuido a Unamuno. Si China quiere participar significativamente en el sistema global, aceptar la democracia constitucional y promover una verdadera república del pueblo será un gran paso en esa dirección^[3].

Y es que la interdependencia nos constituye, la solidaridad es irrenunciable. Precisamente por eso la ciudadanía en España reconoció diariamente durante el confinamiento general a quienes mostraron una vez más el poder de la solidaridad, la fuerza transformadora de la compasión, que ejercieron de modo admirable el personal sanitario en todos sus niveles, el Ejército, la Policía, el sector primario, las empresas que hicieron posible la subsistencia y las que reconvirtieron su producción para fabricar material sanitario o alimentar a grupos necesitados. Y, por supuesto, las organizaciones solidarias que siguieron en la brecha, y las familias, auténticas redes de supervivencia. Sin todos ellos no solo el número de muertes hubiera sido mucho mayor, sino que el sufrimiento hubiera resultado insoportable. En la sociedad «pos-COVID-19», si es que llega, reconocer el valor de todos ellos de modo fehaciente, y no solo con aplausos en los balcones, debería ir de suyo, como también cultivar el apoyo mutuo.

Sanidad, ciencia y humanidades

Pero como en el juego de las decisiones colectivas son inevitables los polizones –individuos o países– que viajan en el tren de los bienes comunes sin pagar billete, es preciso trabajar, como mínimo, por una cierta *gobernanza global* que asuma responsabilidades por esos bienes y, como aspiración realizable, vaya conformando una sociedad cosmopolita, por la que apostaremos en este libro.

Ciertamente, que la aparición del virus cogiera desprevenidos a todos los países, sin fármacos para el tratamiento de la COVID-19, sin vacunas, desconociendo su forma de actuar, de suerte que la improvisación ha sido la respuesta generalizada, evidencia que los riesgos son globales, pero no lo es la preocupación. Tampoco por desafíos inminentes como el del coronavirus, que en realidad fue la historia de una muerte anunciada, como tantos otros que quedan a la espera. La *inversión en investigación científica* para proteger vidas y el desarrollo de las medidas para salvarlas deben ser una prioridad.

Qué duda cabe de que a la hora de organizar el futuro de las inversiones el sector sanitario es una de las prioridades: la industria de medidas de protección frente a las pandemias, la formación y el cuidado de los profesionales de la salud, la creación de centros de salud pública. Por eso es una buena noticia que haya aumentado considerablemente el número de jóvenes que quieren estudiar Medicina o Enfermería, no solo por la presión que genera la exigencia de una calificación alta, sino sobre todo por el afán de ayudar a la sociedad en la que y de la que viven.

Pero también sería una buena noticia que se potenciara el trabajo conjunto de ciencias, tecnociencias y humanidades, porque, como han ido demostrando las respuestas a la pandemia, encontrar soluciones para los problemas exige la colaboración de las tres formas de saber.

Una democracia confiable

Todo ello requiere, claro está, un entorno político acorde con los mejores valores éticos que hemos ido descubriendo a lo largo de la historia, en ese proceso en el que la humanidad ha venido progresando asintóticamente, con avances y retrocesos considerables, pero recobrando después el pulso, como recuerdan, entre, otros Steven Pinker o José Antonio Marina, que constatan con datos su afirmación^[4]. Sin embargo, en este camino de progreso, que no es lineal, venimos viviendo desde el cambio de siglo el retroceso del mejor de los sistemas políticos, venimos viviendo una recesión democrática, que ha despertado una buena cantidad de alarmas, como veremos más adelante. En este libro propondremos como una de las medidas ineludibles para hacer frente a las pandemias y a sus malas consecuencias la consolidación de una democracia liberal-social en los países democráticos y su promoción en aquellos que no han apostado por la democracia. Se trataría de universalizar una *democracia liberal-social*, construida desde un *êthos*, un carácter, al que daremos el nombre de *êthos democrático*. Es ese, a mi juicio, el modelo político que permitirá superar falsos dilemas.

¿Dilemas en tiempos de pandemia?

Porque al hilo de la pandemia se han planteado un conjunto de dilemas en la opinión pública que han generado intensos debates, como el dilema entre seguridad y libertad, entre crecimiento o sostenibilidad, entre vida o economía, entre vida o educación, entre prestar atención en los hospitales recurriendo a los respiradores a cuantos presentan una perspectiva de años de vida ajustados a calidad, analizando caso por caso, o excluir sin más análisis a los mayores de ochenta años y a los discapacitados.

En todos estos casos conviene recordar que los seres humanos rara vez topamos con dilemas, lo que nos encontramos las más de las veces, como bien recuerda Diego Gracia, son problemas. Y los problemas pueden resolverse casi siempre, como veremos, recurriendo a esa virtud que es la cordura.

La heurística de la dignidad humana

Es la cordura la que recomienda en los problemas tomar como norte la defensa de la dignidad humana, que impide tener que llegar a «decisiones trágicas» en las ucis y excluir *a priori* en razón de edad o de discapacidad. Cuando los recursos son escasos, y siempre lo son, pero más en una emergencia como la de la pandemia, lo primero es planificar y gestionar los disponibles, crear otros nuevos y derivar pacientes a otros lugares cuando es necesario. La heurística de la dignidad salva vidas y, en este caso, previene además frente a la gerontofobia, que es un riesgo de presente y de futuro. Ocuparse realmente de los más vulnerables debería caminar en la misma dirección.

Porque no se ha invertido el mismo esfuerzo en evitar las muertes en el Mediterráneo estos últimos años. No nos han conmovido igual todas las muertes, aunque bien que se contratan inmigrantes para recoger las cosechas de las que nadie quiere hacerse cargo. La aporofobia sigue en la entraña, no interesa el que no puede devolver algo sustancioso a cambio. Por eso no se llevan a cabo proyectos tan bien diseñados como el de ¡Hogar, Sí!, que permitiría acabar con el sinhogarismo.

Proteger la dignidad de las personas y el valor de la naturaleza requiere sin ambages la sinergia entre los tres sectores sociales, el empresarial, el político y el ciudadano.

La necesaria sinergia entre los tres sectores sociales

Ante la crisis social y económica –con aumento de la pobreza, caída y precarización del empleo, descenso de la productividad, peligro de las prestaciones sociales–, la ética y la responsabilidad de las empresas se hace más necesaria que nunca, y será no solo justo por su parte, sino también prudente, mostrar su buen hacer, en vez de aprovechar la ocasión para optar por malas prácticas.

Ciertamente, entre el capitalismo comunista, el neoliberal o la economía social de mercado, el modelo que ha mostrado mayor justicia y libertad es el tercero, y en él es una exigencia de responsabilidad y prudencia que las empresas asuman el papel que les corresponde en el aumento de la productividad, en la creación de riqueza, material e inmaterial, y muy especialmente, en la creación de trabajo. En el marco de una economía social de mercado, que intenta propiciar crecimiento con equidad, como es propio del modelo europeo de justicia social, la empresa del futuro será social o no será. Acabar con el hambre y la pobreza y reducir las desigualdades son responsabilidades de la actividad económica^[5].

Pero también el mundo político, que congrega a la ciudadanía y a sus representantes, tiene la tarea de cuidar la democracia y reforzarla en los distintos países y a nivel mundial. Que Joe Biden sea ya el nuevo presidente de Estados Unidos, a pesar de todas las insidias, es un nuevo síntoma del triunfo de la democracia, un signo de esperanza.

La irrupción de la «televida»

En este punto, la experiencia del teletrabajo, la teleeducación y el «teleocio», que el confinamiento ha multiplicado hasta extremos insospechados, los muestra como

una posibilidad de transformar el modelo productivo, con ahorro de movilidad, energías y mejora del medio ambiente. También facilita la conciliación familiar y ayuda a descongestionar las grandes urbes, las «megaurbes», que están siendo uno de los principales focos de contagio, y permite repoblar los pueblos abandonados y revitalizar los espacios vacíos. Por supuesto, es preciso tomar en consideración estas ventajas, pero sin olvidar que la relación personal es insustituible y que no puede ser una excusa para reducir plantillas y explotar a los trabajadores.

El confinamiento también ha sido una oportunidad, tal vez desaprovechada, de cultivar el mundo de la intimidad, aquel del que se habla en primera persona del singular y al que se tiene un acceso privilegiado. Aunque la interioridad se construye en diálogo con otros, en último término es cada persona la que ha de hacerse cargo de sí misma, cada una es artífice de su propia vida^[6].

El mundo político: un horizonte cosmopolita

Y llegando ya al mundo político, ojalá aprenda en esa sociedad «post esta pandemia» que la responsabilidad es un valor inexcusable. Se habrían ahorrado muertes y sufrimiento si la Organización Mundial de la Salud hubiera cumplido con su deber de avisar de la pandemia a tiempo, ofreciendo protocolos de actuación. Como también si los políticos nacionales hubieran generado cohesión social desde un proyecto dialogado y compartido, llamado a resolver los problemas acuciantes, en vez de engolfarse en el regateo y en sus oportunistas disputas ideológicas, mirando por sus estrategias para recabar votos, y no por el bien común, cultivando la polarización y el conflicto. La sensación de una continua improvisación en las medidas

adoptadas les resta credibilidad, cuando la confianza es el principal capital social y ético de los países.

Ojalá una ciudadanía madura, una sociedad civil vigorosa, sea capaz de pensar y querer por sí misma, sin dejarse infectar por luchas partidarias, sin alimentarse de argumentarios, consciente de que en esta crisis y en todas las que están por venir será posible responder con altura humana desde la construcción de un *nosotros* incluyente, reacio a la polarización, pero no solo por el tan manido «egoísmo ilustrado» de que «estamos todos en el mismo barco», sino porque nos importamos unos a otros. Estos son valores con futuro, los que se tejen desde la compasión y dan razones para la esperanza.

Y todo ello en el marco de un horizonte cosmopolita, que la naturaleza global de la pandemia ha vuelto a mostrar como ineludible. Ir dando a ese horizonte la forma de un cosmopolitismo arraigado, comprometido con cada uno de los retos mencionados en los contextos concretos de acción, y construyendo desde ellos esa sociedad cosmopolita que, a pesar de los obstáculos, ya está en camino, es el propósito de este libro.

Como siempre sucede, se ha escrito desde el diálogo con muchos colegas, pero sobre todo con ese equipo de investigación que viene trabajando en distintos proyectos desde hace tantos años. En este caso, sobre todo en los dos últimos, PID2019-109078RB-C22, financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades, y el Proyecto y Actividades del Grupo de Investigación de Excelencia PROMETEO/2018/121 de la Generalitat Valenciana. Pero no puedo dejar de agradecer muy sinceramente en esta introducción la colaboración de un buen número de amigos y amigas, ejemplificada en la ayuda constante de Martha Rodríguez Coronel, tan competente como cordial. Gracias mil.

Valencia, enero de 2021

Capítulo 1

DE LA MUERTE DE LA MUERTE AL CUIDADO DE LA VIDA

Recordar el lugar del Apocalipsis en que la peste aparece como un jinete que cabalga junto a otros tres, el hambre, la guerra y la muerte, causando la destrucción de los últimos días, es ya un tópico, un lugar común en estos tiempos de pandemia. «Cuando (el cordero) abrió el cuarto sello –dice el libro–, oí la voz del cuarto Ser que decía “sal”. Miré entonces un caballo verdososo; el que lo montaba se llamaba Peste, y el Hades le seguía^[1]» Con todo, no está de más traer a la memoria otro texto bíblico, del Eclesiastés en este caso, que no se refiere al final de los tiempos, sino al inevitable carácter cíclico de la vida, a ese sabio aviso de que no hay en la historia nada nuevo bajo el sol. «Hay un tiempo para nacer y uno para morir, uno para plantar y otro para arrancar lo plantado, un tiempo para destruir y otro para edificar, hay un tiempo para amar y uno para odiar, hay un tiempo de guerra y un tiempo de paz.»^[2]

Y es verdad que no hay nada totalmente nuevo bajo el sol, tampoco en la experiencia de daños universales que

amenazan al conjunto de la naturaleza y de los seres humanos que viven en ella y desde ella. Así lo recordaban ya los defensores de la ecología profunda a mediados del siglo pasado y también aquel célebre movimiento, liderado por el economista alemán Ernst Friedrich Schumacher, que se refería a la ecosfera en su famoso ensayo de 1973 *Lo pequeño es hermoso: economía como si la gente importara*. Nada nuevo bajo el sol, sigue siendo urgente una organización económica, política y ética como si la gente importara.

En aquel tiempo fueron justamente una crisis, la del petróleo, y el surgimiento de la globalización, a la que hoy se alude hasta la saciedad, los hechos que llevaron a criticar por insostenible un modelo al que no le importaba la gente. Según Schumacher, ese modelo se basaba en una metafísica materialista, preocupada por los medios técnicos, pero no por los fines, y trataba de resolver los problemas buscando nuevas soluciones técnicas, cuando lo cierto es que no se trataba de una cuestión de razón técnica, sino de razón práctica, que es la que propone fines para la acción. La solución ante la insostenibilidad del modelo no consistía en emprender una carrera desbocada para reparar los males con nuevos medios técnicos hasta el infinito, sino en reflexionar sobre los fines y priorizar los mejores. Que en eso consiste vivir con inteligencia y corazón, en saber priorizar lo más valioso.

Claro que esta crítica de la razón instrumental tampoco es nueva bajo el sol; a ella dedicaron su esfuerzo los primeros representantes de la teoría crítica de la escuela de Fráncfort, pero *Lo pequeño es hermoso* apuntaba un matiz muy relevante: hoy en día ya no son solo los sabios quienes critican este modo de vida, sino que es el propio entorno natural el que lo pone en cuestión. Hoy el mensaje nos llega desde el universo: es preciso determinar con lucidez nuestras prioridades. «Todo indica –aseguraba Schumacher– que lo más necesario hoy es una revisión de

los fines hacia los que se encaminan nuestros esfuerzos», tenemos que determinar correctamente nuestras prioridades^[3].

En un sentido muy semejante y algunos años antes, el filósofo alemán Karl-Otto Apel señalaba la necesidad de una ética planetaria, capaz de hacer frente a las consecuencias de la ciencia y de la técnica, que tienen un alcance universal. Por primera vez en la historia, el género humano se ve confrontado con retos universales y tiene que responder desde distintas instancias, una de ellas, la ética, porque es la que se ocupa de los fines. No basta entonces, aunque son necesarias, las normas y las costumbres morales de los niveles micro y meso de las sociedades; es necesaria, por primera vez en la historia, una ética para el macronivel, que se haga cargo de los fines comunes a la humanidad^[4].

Esta necesidad, cuyo recuerdo ha sido una constante desde la última parte del siglo pasado, ha ocupado de nuevo la primera plana de todos los medios de comunicación desde el 11 de marzo de 2020, cuando la OMS se vio obligada a reconocer la evidencia de que la COVID-19, la enfermedad por coronavirus, es una pandemia, provocada por un virus asombrosamente contagioso, al que la humanidad debía hacer frente. A la realidad palmaria del cambio climático se unía un nuevo desafío que trasciende también las fronteras físicas y políticas, y que alcanza a todo el planeta. El negacionismo era de nuevo irracional, pero no por ello dejó de hacer acto de presencia. Gobernantes irresponsables, campañas de desinformación en las redes sociales, ciudadanos igualmente irresponsables han intentado obviar la existencia de la pandemia, dando la razón a Camus, «la plaga no está hecha a la medida del hombre, por tanto, el hombre se dice que la plaga es irreal, es un mal sueño que tiene que pasar, pero no siempre pasa»^[5]. Sin embargo, la plaga es real y sus consecuencias son letales, con el agravante de que no es preci-